

**Josep M. Rodríguez, *Sangre seca*, Epílogo de Joan Margarit, Madrid, Hiperión. XXIV Premio de Poesía Ciudad de Córdoba «Ricardo Molina», 2017. 76 pp.**

El sexto poemario de Josep M. Rodríguez, *Sangre seca*, ofrece continuidad en la línea de sus últimas entregas, pero al mismo tiempo una depuración de su voz. La precisión del detalle y la pincelada impresionista, los matices, se han hecho más recurrentes, y pertenecen a una perspectiva japonesa ya asumida, nada ajena a su estética, como así demuestran sus estudios sobre el haiku, antologías, traducciones... «Si naces fuente, morirás desagüe.» (p. 64), afirma con rotundidad en el último poema del libro, «Antes y después» (pp. 64-65), apuntando a las tradiciones que nos pueblan, de las que nos nutrimos y en las que nos diluimos, a esas raíces que «son nieve / sin la nieve» (p. 64). *Sangre seca* es una reflexión sobre el paso del tiempo, el fin de la juventud («Pero si he de ser yo en todo lo que veo, / la casa abandonada, / ¿será mi juventud?», p. 32), sobre sus consecuencias y efectos, sus causas y circunstancias, pero también sobre la poesía y los poetas, sobre las promesas sentimentales truncadas, la soledad y el vacío interior, el arte en general, o sobre una manera de mirar el mundo, como en «Mi tierra baldía» (pp. 31-32), en claras alusiones eliotianas: «Cae / la nieve / sobre la realidad, // modificándola. // Exactamente igual que mi mirada.» (p. 31).

Un poema como «Estampa Mallarmé» (p. 52) nos introduce bien en la semiosfera de *Sangre seca*, por su brevedad y concisión, por su carácter de boceto y de haiku, y lo reproduzco íntegro: «Atardecer como de encías sanas. // El jardín japonés / tiene un pequeño lago circular / y un puente de madera que le pinta una ceja. // Un cuadro de Monet: el faisán macho. // Le echan sal en la cola / para que no se escape. // Yo llevo en mí la sal de las palabras muertas. // Tradición, / naturaleza artificial, / madrastra.» (ibíd.). El poeta nos acerca a sus tradiciones, desde la poesía simbolista a la pintura impresionista. De hecho, podrían ser estos dos de los ejes compositivos sobre los que pivota este libro, y también en cierto modo, las técnicas mejor transitadas por los últimos poemarios de Rodríguez, que ha ido acotando su mundo en una percepción fragmentaria, pero cargada de significaciones. Los últimos tres versos, a falta de estructura métrica, parecen un haiku.

Dividido en tres partes sin títulos, solo separadas por unas citas, a saber: «Crees que estás escapando y corres hacia ti mismo», de James Joyce (p. 7), marcando el inicio; «Nosotros mismos escondidos detrás de nosotros mismos», de Emily Dickinson (p. 27), anunciando la segunda sección; y «Voy caminando solo rumbo a la sombra siempre», de Vicente Aleixandre (p. 49), dando paso a la sección final. Tres partes idénticas en número de poemas, once cada una, que nos presentan una calibrada ingeniería, y un sólido propósito autorial. *Sangre seca* no es solo un libro de poemas, sino sobre todo una declaración sin ambages sobre las tradiciones y las intenciones de un poeta que tiene que hablarnos de sí mismo, pero que a la vez entona el relato de todos nosotros. Así lo confirma Joan Margarit, en su lúcido epílogo: «Se trata de alejarse de la pretensión del malditismo que busca la propia maldición, ya que no hay más que un camino, el del

poema, y por ese transitamos todos en un tiempo que no es aún el de las condenas ni las originalidades. En ese solitario avanzar en la dirección de la certidumbre del peso de la tradición es donde estos poemas encuentran y desenvuelven su razón de ser más profunda y, por tanto, el camino de su propia verdad.» (p. 69).

Las anécdotas, en este sentido, pasarán de una historia contada como fragmentos de un discurso amoroso de la primera parte, desde «Trayecto» (pp. 12-13), donde «El deseo es un verbo, / tiene plumas de ave migratoria, me lleva a tu calor.» (p. 12), hasta «Estrella fugaz» (p. 14), pasando por las dudas de «Inmersión» (pp. 15-16), en el que una pareja está tumbada en la cama, y los dos sienten «dudas» (p. 16) como si tuvieran «alma de siamés» (ibíd.). Esa misma historia de amor tendrá su «Continuidad» (p. 18) con reproches y prevenciones: «No me hagas daño, dijo. // Si tengo mariposas en mi estómago / es porque en otro tiempo / me tragué las orugas.» (ibíd.). Y quizás en «Pequeña digresión» (pp. 22-23) concluya, con una visión desolada, en la incapacidad por ponerse en la piel del otro, junto a «Hilos» (pp. 24-25): «En los últimos meses de estar juntos / parecíamos // ascensores de hotel. Siempre a destiempo. // Ahora, en cambio, el amor / no es más que un jarrón roto: / recojo los pedazos» (p. 24).

El amor o Eros, y su pulsión, poseerá su lado menos amable en la muerte o Thánatos, y se encontrará presente la idea de suicidio en dos ocasiones, en la primera sección y en la tercera, acotando el territorio de los peligros y las obsesiones que nos rondan. «Hora prima» (p. 19), a través de varios recortes narrativos, y en una fotografía en blanco y negro de la cocina, presenta una visión desoladora del espacio doméstico, con un fantasma: «El horno me contempla / con su ojo de cíclope. // Y pienso en Sylvia Plath.» (ibíd.). Asimismo en «Casi variación Lowell» (p. 51), nos dice: «Deja hablar a los muertos. / ¿O es que al mirar la cuerda del suicida / no la sientes colgar dentro de ti?» (ibíd.).

Como vemos, varias brechas temáticas estructuran *Sangre seca*, que quizá equilibre su eje a partir de las referencias literarias, artísticas o de cualquier tipo, en amplio espectro interdisciplinar. Desde intertextos evidentes lorquianos —y a su vez guillenianos— como «¿Y tu niñez, / su fábula de fuentes?» (p. 9), que luego tomarán cuerpo en «Desempleo» (pp. 57-58), hasta Fiódor Dostoievski y *Los hermanos Karamazov* (p. 12), Adrienne Rich (p. 13), Vicente Huidobro (p. 17), Sylvia Plath (p. 19), Baltasar Castiglione (p. 24), Elizabeth Bishop (p. 29), T. S. Eliot (pp. 31 y 57-58), Ezra Pound (p. 36), Quinto Ennio (p. 39), Robert Lowell (p. 51), Stéphane Mallarmé (p. 52), Federico García Lorca y León Felipe (pp. 57-58), William Stafford (p. 59), y Ronny Someck (p. 62). Todas ellas configuran, en una especie de meditación metapoética, las preferencias y elecciones —la tradición propia— de Josep M. Rodríguez. Pero también pintores como Degas (p. 33), el citado Monet (p. 52), o Pollock (p. 60). *Sangre seca* está plagado de guiños no solo literarios sino de cualquier tipo, lo que proporciona un interés lector que va configurando una cartografía vital y literaria, a modo de composición descriptiva. Por resumir, *Sangre seca* además es una suerte de historia o lección de la literatura, como en «Desempleo» (pp. 57-58), pues se nos relata el momento en que Ángel Flores lee su traducción de *The Waste Land* a Federico García Lorca y León Felipe en Nueva York, contándonos cómo el poema «“La Aurora”, de *Poeta en Nueva York* /

antes se tituló “Obrero parado”» (p. 58), de ahí que nuestro autor acabe titulado su propio poema «Desempleo». Una lección de literatura a partir de la propia literatura, que podría completarse con las repetidas «versiones segundas» de los poemas (pp. 17, 22, etc.), con lo que el juego intratextual y de espejos se enriquece y multiplica. El poeta en su taller.

Todo esto y mucho más podrá leerse en este estimulante *Sangre seca*, del que hemos recorrido sus calas más significativas, aunque otros poemas llamarán la atención del lector avisado que, a buen seguro, devorará este libro desde su inicio hasta el final, recorriendo con los dedos esa concha de la herida que ya está a punto de caerse, que pica, pero que nos invita a seguir hurgando.

**Juan Carlos Abril**